La épica del éxito vacío

(O cómo parecer felices mientras se vive en ruinas).

Por Diego Casasbellas Alconada

“Muchos no viven: actúan.
No sanan: editan.
No aman: posan.”

En tiempos donde la identidad se mide en posteos y la felicidad en likes, vivir para la foto se ha convertido en la forma más triste de existir. La escena perfecta, la risa ensayada, el brindis que es más para el feed que para el alma. ¿Y detrás? Soledad, vínculos rotos, y un silencio interior que nadie se anima a escuchar.

Zygmunt Bauman lo explicó con brutal lucidez:
“Vivimos en una modernidad líquida donde nada se construye para durar.
Ni los vínculos, ni las verdades, ni las identidades.”
Y lo que no dura, no se cuida.
Y lo que no se cuida, se finge.

Marie-France Hirigoyen nos enseñó que el maltrato más sofisticado no se grita:
“Se calla con sonrisas y se niega con fotos felices.”
Detrás del éxito perfecto, muchas veces se esconde un teatro de control, superioridad y abandono emocional.
La víctima no siempre es quien está triste.
A veces, la verdadera herida se disfraza de plenitud.

Byung-Chul Han, en La sociedad de la transparencia, desnuda esta lógica:
“La obsesión por mostrarse es, en el fondo, el terror a encontrarse.”
Se publica todo para no sentir nada.
Cuanto más se posa, menos se habita.
Cuanto más se actúa, menos se repara.

———

Esto no es solo ridículo. Es trágico.

Porque lo que aplaudimos como éxito —esa vida que parece tan llena—
es muchas veces la expresión más sofisticada de una existencia desconectada, vacía y adicta al decorado.

¿Cómo se llega ahí?

Con egos frágiles que dependen del aplauso externo para sostenerse.
Con vínculos sin intimidad emocional, donde todo se reduce a roles, imágenes y conveniencia.

Con traumas no elaborados que se convirtieron en performance, en pose, en compulsión a mostrar.
Con una estructura psíquica congelada en la fachada para evitar el dolor de sentirse insuficiente.

Gabor Maté lo dice sin vueltas:
“Lo que llamamos personalidad puede ser, en realidad, una suma de adaptaciones al trauma.”
Y muchas personalidades “exitosas” son eso:
una coraza elegante para no tocar el vacío.

Alice Miller también lo advirtió:
“El niño que no fue amado incondicionalmente se convierte en adulto que necesita brillar para ser visto.”
Ese adulto no busca compartir: busca probar algo todo el tiempo.
A los demás. A sí mismo. A sus padres que no estuvieron. A un mundo que no lo miró a tiempo.

Donald Winnicott llamaba a esto “falso self”.
Una máscara funcional, sonriente, incluso carismática.
Pero completamente desvinculada del self real, ese que fue silenciado por miedo al abandono o al castigo.

Bessel van der Kolk, desde la neurociencia del trauma, fue claro:
“El cuerpo lleva la cuenta.
Y lo que no se expresa, se actúa.”
Y lo que no se elabora, se disfraza.
Y lo que no se cura, se exhibe.

———

Por eso, muchos muestran para no sentir.
Posan para no hablar.
Brillan para no llorar.

Se autocelebran porque no saben cómo vincularse.
Y regalan sonrisas para no regalar presencia.

Publican lo que no viven.
Y viven para publicar.
Hasta que ya no saben si lo que están sintiendo es real o parte de la estrategia.

Y los hijos lo ven.
Y aprenden.

Aprenden que su madre sonríe en redes pero no abraza en casa.
Que su padre brilla afuera pero no escucha adentro.
Que el afecto se actúa.

Que la vida se actúa.
Que la verdad no importa si da likes.

———

Pero hay otra forma.

No es tan ruidosa.
No da tantas vistas.
Pero es real.

Es la de los que no necesitan mostrar para que exista.
Es la de los que se miran de verdad, aunque no den bien en cámara.
Es la de los que crían con presencia y no con decorado.
Es la de los que pueden decir “no estoy bien” sin que eso sea una debilidad.
Es la de los que no repiten el abandono.
Es la de los que, en lugar de posarse, se permiten ser.

———

Lo trágico no es que engañen a los demás.

Lo trágico es que se lo creen.
Y se lo repiten.
Y nunca se dan cuenta.
Y mienten.

Y lo más perverso…
es que se mienten a sí mismos.